

EL ESTADO
Anselmo Lorenzo

AN 75
BIBLIOTECA DE «LA HUELGA GENERAL» — 2196

ANSELMO LORENZO

El Hombre y la Sociedad

¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad púdica y frías, te lo entiendo para que los defensas y no para que los cometas; yo y voy a los abismos de tu orgullo, a los abismos de la nada.

P. J. MARRAS



CONFERENCIA LEIDA

EN

LA ESCUELA MODERNA

el 15 Diciembre 1901



ANSELMO LORENZO

EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD

Conferencia leída en la Escuela Moderna
el 15 de diciembre de 1911

¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que los defiendas y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada

Pi y Margall.

EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD

I

Queridas niñas, queridos niños, alumnos todos de la Escuela Moderna; queridos y respetados por nosotros también vuestros padres y parientes que os acompañan.

Al daros cuenta de este trabajo —del que deseo os quede grata impresión— permitidme dirija también un saludo cariñoso, tierno, fraternal, de respeto y admiración, hacia todas aquellas personas que, tanto en lo pasado como en lo presente, dedicaron y dedican parte de su vida, si no toda, al mejoramiento de las clases desheredadas, al progreso y desarrollo de las ideas de verdad y de justicia, al bien de la humanidad. Humilde continuador de su obra, quisiera tener privilegiada palabra para expresaros claramente y con la debida extensión mi tema, para que meditéis, forméis vuestro juicio y obréis en consecuencia, como corresponde a personas de recta e ilustrada conciencia.

He de hablaros de los sufrimientos humanos, porque con ellos estamos en incesante contacto, formando en derredor nuestro como una especie de atmósfera de dolor de que nadie se exceptúa, que muchas veces impide ver la gracia de la naturaleza, la hermosura de la vida universal y dificulta el estudio de la ciencia; he de considerar que si se prolongan, como vemos, tales sufrimientos, débese a que, aun siendo víctimas de ellos, no estudiamos sus causas ni conocemos los motivos de su indefinida prolongación; debemos tener presente, por último, que aunque de modo remoto e indirecto nos toca en ese mal tan deplorable cierta responsabilidad, de la que sólo podemos librar nuestra conciencia aplicando a su conocimiento y remedio cuanto empeño nos sea dable según nuestro estado y nuestras facultades.

Deseo grabar en vuestra mente, de manera indeleble, que no pasa momento alguno en la sucesión del tiempo sin que alguna o muchas a la vez de las infinitas manifestaciones de la desgracia se ofrezcan a la vista del observador con toda su desconsoladora magnitud.

He hablado al principio de clases desheredadas, y no creáis que ese calificativo aplicado a una clase o varias de la sociedad sea un vano recurso retórico, porque es lo cierto, es tan evidente, que basta la sola enunciación de la idea para convencerse de ello, que de ese gran patrimonio social, formado por los bienes naturales y por los acumulados por la ciencia y el trabajo de la humanidad, hay

muchos infelices que no participan: son muchos los que, impulsados por la necesidad, han de abandonar la ciudad donde nacieron o los campos donde transcurrieron deliciosamente los años infantiles, para buscar a través de los mares en lejanas tierras una nueva patria que no les niegue el pan a cambio de un honrado trabajo; son muchos, muchos, hasta el punto de constituir una vergüenza nacional y una profunda pena para las personas que por el bien de la humanidad se interesan, los que desconocen el alfabeto, y por su ignorancia se hallan como ciegos, envueltos, no obstante, en un mar de luz, privados del inmenso consuelo, del bien inapreciable de ponerse en contacto por medio del libro y desde la más recóndita soledad con el universo entero, desde la esfera de los infinitamente pequeños hasta las grandezas inconmensurables que pueblan de mundos el espacio infinito; desde la gacetilla periodística que relata el hecho más insignificante ocurrido en la localidad el día anterior, hasta los grandes acontecimientos que constituyen la historia universal.

Y si hay clases desheredadas, es debido a que existen las privilegiadas que, a consecuencia de poseer con exceso lo que a los otros les falta, parecen exentas y como a cubierto de la desgracia, demostrando los hechos que no hay garantía posible contra la adversidad, en una sociedad insolidaria en que reina el antagonismo de los intereses, y que así como a veces ocurre el caso de citarse un potentado que en su juventud fue un pordiosero, hay ancianos mendigos que vivieron en la opulencia; por tanto, no

creáis que sólo las personas reducidas a estrecha condición sean las que padecen, sino que no debéis perder de vista que todo el mundo sufre; quien no por una cosa, sufre por varias. Considerad un comerciante, un banquero, un rentista, un rico propietario; ninguno hallaréis dichoso: al que le sobra dinero, le falta a veces la libertad de obrar conforme a los impulsos de su temperamento, a causa de falsas y tiránicas leyes convencionales impuestas por nosotros mismos: ora es una rica heredera que quisiera casarse con un modesto empleado, y aun padres no lo consienten; ora es el hijo de un gran capitalista que quisiera viajar u ocuparse en una industria y su padre no se lo permite; ora se trata del empeño de obtener ciertas distinciones más o menos vanas o positivas, difíciles o imposibles de obtener; ora es la duda tremenda que asalta al rico de si la amistad y el amor que se le manifiesta es por su persona o por su capital, duda cruel que si no puede resolverse favorablemente, puede llevar al que la siente a mirar con desconfianza, si no con odio, a cuantos le amen, creyendo que todos esperan explotarle o heredarle; eso sin contar que también puede amargar la posesión de su riqueza la duda no menos amarga y cruel de si el negocio que formó su capital es absolutamente puro de toda inmoralidad, y si en los goces que le proporciona no entrarán, en grande o en mínima parte, las lágrimas de algún desgraciado.

Si pasamos a considerar la clase proletaria, los descansos de que se le privan, los placeres lícitos que se le arrebatan, la dignidad

de que se le despoja, las privaciones a que se le reduce, y sobre todo, cuando por la miseria de los pobres hay tantos niños como vosotros inocentes, como vosotros capaces de esa incomparable hermosura moral llamada gracia infantil, como vosotros no menos capaces de la hermosura de la forma y del color, viéndoseles, por el contrario, demacrados y haraposos por esas calles, abandonados a los azares de la casualidad, a la inconsistencia del ineducado instinto, es verdaderamente desconsolador.

Hechas estas indicaciones a título de introducción de asunto tan interesante, oportunamente lo detallaré como sepa en cuadros tan ajustados a la realidad como me sea posible, a la vez que compatibles con el propósito de contribuir al remedio de tanto mal por la difusión de la enseñanza.

Para juzgar la historia, es indispensable contar con el estado de desarrollo evolutivo de los hombres y con la influencia del medio; es decir, con la opinión dominante en cada época por la tradición, las costumbres, la legislación y la inclinación de las aspiraciones progresivas.

Lo contrario es ocasionado a gravísimos errores.

Llevando adelante mi propósito, he de mortificar a pesar mío vuestra sensibilidad, aunque escudándome en la necesidad de deciros la verdad, para manifestaros que las ideas hoy dominantes

sobre la infancia difieren tanto de las antiguas, cuanto que hoy se tomaría por crimen abominable sujeto a severo castigo lo que en otro tiempo fue un precepto legal a cuyo cumplimiento venían obligados los ciudadanos. Licurgo, el legislador de Esparta, establecía en su código: “Cuando nace un niño es preciso deliberar ante todo sobre su vida o su muerte; si es de complexión vigorosa, que viva; pero si es débil y mal conformado, se le arrojará en el abismo del monte Taigeto”. En el código romano conocido bajo la denominación de las Doce Tablas, se manda sin rodeos ni atenuación de ninguna especie esta disposición altamente criminal: “Si el niño es contrahecho, mátele el mismo padre sin dilación”.

Contra tales actos y contra legislación tan fuera de lo racional, nadie protestaba: sabios, filósofos, sacerdotes, políticos, vulgo, todo el mundo estaba de acuerdo.

Esta consideración me lleva como de la mano a fijar otras afirmaciones que dejaré aquí consignadas para deducir consecuencias después en ocasión más oportuna, a saber: 1ª las ideas morales son diferentes según las épocas, los lugares y las circunstancias; 2ª lo legal no ha sido siempre la expresión de lo justo; hay quien, con fundamento racional, afirma que no lo ha sido nunca, y es lo menos que sobre tan interesante punto puede decirse.

En confirmación de mi primera idea acerca de la inconveniencia de juzgar los hechos históricos con el criterio de la época presente,

afirmo, pues, que únicamente la relación positiva de las causas con los efectos, despojada de toda clase de espejismos, puede darnos conocimiento exacto del pasado y guiarnos en la concepción del ideal. No hacerlo así es como hablar de astronomía partiendo de las primeras impresiones visuales y sacar la consecuencia de que todo el universo nos voltea en veinticuatro horas, o de que cuando viajamos en ferrocarril nosotros permanecemos fijos en nuestro asiento mientras los árboles, los postes telegráficos, las casas y hasta los montes lejanos corren o se mueven con más o menos lentitud, según las distancias.

Apuntadas estas ideas a título de determinación de criterio, véome obligado a volver la vista a aquellas remotas edades en que los hombres carecían de todos los recursos que ha ido acumulando el saber y el poder. Una sencilla razón de método así lo exige, y esta exigencia es condición precisa de claridad si este trabajo modesto ha de tener utilidad alguna.

Hubo hombres en la superficie de nuestro globo cuando la geografía distaba mucho de ser tal como nos la representan los mapas actuales; así hubo mares en territorios actualmente poblados y cultivados muy distantes del mar, como lo prueban multitud de restos fósiles, y hubo islas y aun continentes sumergidos en la actualidad en el fondo de los mares, hecho también demostrado por multitud de pruebas de evidencia innegable.

El estado actual de las investigaciones científicas permite asignar a la existencia del hombre sobre la tierra muchas centenas de millares de años, tantas, que la imaginación se pierde considerando la duración de aquellos inmensos períodos de tiempo necesarios para la formación de las capas geológicas que se descubren, y que, como las hojas de un libro, revelan con interesantísimos detalles la historia de nuestro globo, resaltando en consecuencia altamente ridícula la fecha de seis mil años fijada por el P. Petavio con autorización del ordinario.

No insistiré sobre este punto, fuera de mi competencia y también del objeto del presente trabajo, limitándome a esta ligera indicación, que juzgo por ahora suficiente para despertar vuestro deseo de admirar los asombrosos conocimientos metodizados bajo la denominación de geología, o sea la ciencia que tiene por objeto el estudio de los materiales que componen el globo, de su naturaleza, de su situación relativa y de las causas que determinaron esa situación.

Nada puede compararse a la miseria física de los primeros hombres como su miseria moral; según afirma un autor, distinguíanse del tigre y del oso de las cavernas en que eran más feroces y más temibles; cuando hay tantos grupos en la escala zoológica que respetan su propia especie y no comerán de un individuo de ella ni aun impulsados por el hambre más apremiante, los hombres salvajes fueron antropófagos, como lo son

actualmente ciertas hordas atrasadísimas en la vía progresiva existentes en África, América y Oceanía, y aun en los países civilizados basta una escasez algo prolongada —entendiendo la palabra *escasez* en el sentido de *término medio*, que para las clases desheredadas ha de entenderse por *carencia absoluta*— para que reaparezcan casos del más repugnante canibalismo, que la ley, dictada, interpretada y aplicada siempre por satisfechos creo que castiga severamente.

Aquí es el caso de hablar de la enorme diferencia que hay entre las teorías, opiniones y conocimientos positivos de carácter puramente científico, profesados y poseídos por los hombres dedicados al estudio, y las tradiciones místicas y populares atribuidas unas a la revelación y creídas todas generalmente por las personas faltas de instrucción: las frases usadas frecuentemente para denotar el principio, el origen de la humanidad, aunque de significación parecida pueden conducir a conclusiones diametralmente opuestas: así suele decirse “hombre primitivo”, “hombres primitivos”, “primeros hombres”, “primer hombre”. Por una circunstancia propia de nuestro idioma, que puede ser extensiva a otros idiomas, ocurre a veces, como habréis tenido ocasión de observar por el estudio de la gramática, que un nombre en singular tiene un significado mucho más extenso que el mismo usado en plural. Así, por ejemplo, entre “el hombre piensa” y

“el hombre saludó”, “los hombres saludaron” y “las mujeres salieron”, tenemos: en el primer caso puede significar “la humanidad entera piensa”, en el segundo “un hombre solo saludó”, en el tercero “unos cuantos hombres saludaron” y “unas cuantas mujeres salieron”.

Hechas estas indicaciones que he juzgado necesarias para que se comprenda bien lo siguiente, tomo de un autor alemán lo que copio a continuación:

“Entre las formas animales de más alta organización, los *deciduos* (animales de diez dedos en las manos y en los pies), que pueden considerarse como los abuelos del hombre, ocupan indudablemente una posición superior, gracias a ciertas disposiciones físicas que les aseguraban la victoria en la lucha por la vida, ya con la especie que les es más próxima, los monos, ya con los carnívoros más feroces. Solo un perfeccionamiento continuado por muchos miles de años, tantos por lo menos como los que antes atribuíamos a la formación de las capas geológicas, podía transformar a aquellos animales en verdaderos hombres, que habían de surgir tan imperceptiblemente y por evoluciones tan lentas, que ya existían cuando no existían aún, por manera que la frase *el primer hombre* es absurda: *No hubo jamás tal primer hombre*”.

Podemos hablar ahora del hombre primitivo sin temor de que entre vosotros y yo se interponga una interpretación equivocada, sin que vosotros deis a esa frase un valor diferente del que yo le doy, y sin que incurráis en el defecto en que incurren quienes le dan el significado de unidad inicial de la especie humana.

Ved ahora lo que dice el autor alemán a que antes me he referido:

“Ahora bien, ¿qué idea nos hemos de formar del hombre primitivo? A juzgar por los cráneos hallados, su desarrollo físico había de ser muy imperfecto... Lo que resulta de la comparación de muchos cráneos de antigüedad remota entre sí con los actuales es que el hombre fósil no puede clasificarse entre ninguna de las razas conocidas antiguas y modernas, y que si físicamente era inferior al hombre actual, la diferencia era inmensamente mayor intelectualmente considerado, afirmación esta última exactamente comprobada por los restos de sus instrumentos, herramientas y armas encontrados en gran cantidad y en diferentes lugares”.

Las ideas *primer hombre* y *hombre primitivo*, aclaradas anteriormente me ponen en el caso de hablar del *hombre civilizado*, para completar, en cuanto sea posible, la común inteligencia que debe existir entre nosotros. Civilización en sentido positivo, significa cultura, ilustración en las gentes, como idea originaria de civilizado,

sea general, sea aplicada a determinado país; con idéntica significación, pero en sentido figurado, suele definirse por progreso de las luces, desenvolvimiento de las doctrinas, máximas, nociones o ideas moralizadoras; producto de las relaciones de los hombres entre sí y experiencia de los siglos legada y perfeccionada de generación en generación; desarrollo de las ciencias, de las artes, de la industria en todas sus manifestaciones; conjunto de creencias, costumbres, virtudes, legislación, régimen social y político, etc.; *hombre civilizado* debiera significar, pues, hombre que reúne en sí todas esas cualidades y circunstancias positivas y abstractas, lo que por desgracia está bien lejos de suceder; y para que vuestra inteligencia, mis buenos y queridos niños, se fije bien en ello y deduzca legítimas consecuencias si no precisamente hoy cuando mayores os lo presente vuestra memoria en los momentos oportunos, bastaríame exponeros la diferencia de posibilidad de aprovechar la civilización actual de nuestro país que existe entre unos y otros de sus mismos naturales. Así, por ejemplo: vosotros recibís aquí una instrucción elemental completa, pues más de la mitad de los niños españoles no saben leer ni escribir, y lo que es más triste aún no lo aprenderán nunca; hay condiciones de régimen social que lo dificultan de tal manera que estoy por decir, no lo dificultan sino que lo impiden. ¿Sabéis la diferencia que existe entre el que sabe y el que no sabe leer ni escribir? Es infinita: no pretendo precisarla, pero sí daros una ligera idea que vosotros completaréis en vuestra hermosa y lozana imaginación, hartos más

vigorosa que la mía, agotada y esterilizada ya por los años. No saber leer es reducirse a sus propias facultades intelectuales sin más ampliación que la que puede proporcionar generalmente las personas de escasísima cultura, y por tanto convertirse en órgano e instrumento de las tradiciones de la ignorancia a la vez que en positivo obstáculo de la ilustración, de las ideas nuevas, de todos los adelantos racionales y científicos; es reducirse a la ínfima condición de bestia de carga, a la incapacidad del desheredado perpetuo, a proveedor y defensor de sus explotadores, a enemigo de sí mismo, y de sus protectores los hombres de genio fraternal y progresivo que quieren emanciparle y ennoblecerle; es prolongar en parangón absurdo las tinieblas de tiempos prehistóricos, primitivos y medios con las luces de la más alta sabiduría que haya podido alcanzarse en nuestros días. Por el contrario, saber leer y escribir y practicar estos conocimientos es como conocer lo pasado, darse perfecta cuenta de lo presente y forjarse nociones más o menos claras de lo porvenir, informarse clara y positivamente del inventario de nuestro globo, salvar los espacios interplanetarios y estelares para extender como si fuera la vista la facultad intelectual e imaginativa, y saber noticias ciertas de los mundos que pueblan el espacio infinito, o bien abismarse en la contemplación de los infinitamente pequeños hasta el punto de adquirir datos interesantes de esos seres que afectan a la higiene, a la limpieza y a la economía. Sabios, pensadores y artistas con la riqueza infinita de su saber y de su genio comparecen ante el lector

mediante el conjuro de la combinación de las veintiocho letras del alfabeto y le traen las primicias de su inteligencia, que el lector se apropia según su capacidad y su gusto, para aplicarlo útilmente a las necesidades de la vida.

Entre el que sabe y el que ignora, codeándose por las calles de nuestras ciudades más populosas puede darse el caso de caminar juntos hombres que representan el valor intelectual del troglodita de la edad de piedra y el hombre más eminente de una academia científica.

Por eso las ideas *civilización* y *hombre civilizado* tienen un valor convencional y puramente relativo, que hay necesidad de resolver en un sentido racionalmente igualitario, que lave de la mancha de *despojo* y de *privilegio* esas dos clases de seres de condición tan opuesta que quiere asimilarse bajo el falso nivel de una hipócrita igualdad social y política.

Siglos y siglos vivirían aquellos antepasados nuestros en tan deplorable estado antes indicado, verificando, no obstante, un progreso tan lento, tan pesado, tan ocasionado a perderse del todo para comenzar nuevamente, siendo cosa tan extraordinaria un suceso de aquellos que actualmente llamamos conquistas del progreso, suceso transcendental que puede ocasionar una revolución en el mundo en tal o cual orden de ideas, que hoy ni concebirlo siquiera podemos, y por ello, formando una especie de

solidaridad del sentimiento, del mismo modo que existe la solidaridad o encadenamiento del saber y de los beneficios obtenidos por su aplicación práctica a todas las necesidades de la vida, debemos gratitud a la memoria de aquellos hombres que por la fuerza poderosa de su genio unen su nombre a una de aquellas iniciativas que abren vía para el desarrollo humano, ocurriendo a veces que un hecho en sí por demás sencillo es fecundo en consecuencias infinitas, y a este propósito, permitidme, queridas niñas y estimadísimos niños, fijar por un momento vuestra atención en las siguientes consideraciones: los que no habéis sufrido jamás los padecimientos que ocasiona la sed, porque tenéis siempre a mano el medio de satisfacer sus exigencias, suponeos por un momento trasladados a aquellos tiempos en que los grupos humanos no podían moverse de las inmediaciones de los manantiales y de las riberas de las corrientes de agua, únicos depósitos existentes a la sazón; el individuo que, arrastrado por la imprevisión o por los azares de la caza o de la guerra, de aquellos depósitos se apartaba, corría inminente riesgo de morir abrasado por los rayos del sol o por los ardores que ocasionarían las fibras disgregadas del organismo, que, en su sequedad, semejantes a esponjas que hiciera años no hubieran tenido contacto con la humedad, consumirían todos los humores y dejarían la sangre paralizada y, por haber perdido su estado líquido, reducida poco menos que a polvillo rojo. El primero que, para evitar males de tanta monta, tuvo la idea de amasar una cantidad proporcionada de

barro, ponerlo a secar y formó la primera vasija, o hizo un saco impermeable de piel, o cavó un pozo, permitiendo transportar el agua o tener un depósito de ella en sitio conveniente, rompió una de las más fuertes ligaduras que sujetaban a los hombres a determinados lugares, y como un Colón precoz, no diré que descubrió un nuevo mundo, sino que hizo posible el descubrimiento de cuanto en el mundo se contiene.

El que observó que depositando una semilla de planta útil obtenía después la reproducción de la planta misma con todos sus frutos correspondientes, hizo posibles la reproducción infinita de paraísos terrestres que sustituyeran y reemplazaran a los agotados por el consumo improductivo cuando no por el afán destructor de los hombres de las primeras épocas.

Si imaginados esos dos descubrimientos los completáis con la adquisición del fuego, la invención del arado, del azadón, del transporte por tracción animal y arrastre con ruedas, de la formación de los rebaños y llegáis hasta la adopción del signo de cambio, tendréis material suficiente para crear con vuestra fresca y fecunda imaginación la parte fundamental de la historia de la humanidad. Veréis primero al individuo solo, aislado, cruel, desconfiado, en lucha perpetua con cuanto le rodea, buscando su comida a través de un reguero de destrucción y de muerte que señala su paso por todas partes, sucumbiendo al fin el vencedor en infinitos combates durante una vida de constante guerra víctima de

la maza, de la flecha o de la asechanza de otro vencedor de un día que a su vez será también irremisiblemente vencido. Después el sucesor de aquel individuo feroz, vémosle sentado a una mesa rodeado de una familia compuesta de sus ancianos padres, de su esposa, de sus hijos y de sus servidores, comiendo de la olla familiar, rebosando alegría, conservando y creando solidaridad y en estado de tener amigos, dar hospitalidad a transeúntes desgraciados, honrar a sus padres y educar a sus hijos.

Primero el odio, obligado conservador de la vida.

Después el amor, consecuencia de la exuberancia de vida contenida en el arca, en el almacén, en la despensa, en la bodega, en la cuadra, en el establo, en el taller, en el campo bien cultivado, de lo cual son buena muestra aquellos manjares que comen, los ricos perniles y embutidos que penden de la chimenea, la limpia vajilla y brillante batería de cocina que decoran aquellas paredes, el cómodo mobiliario de la casa, los decentes y aun elegantes trajes que visten todos sus habitantes.

Si llevados de la alegre imaginación de tan trascenden tales consideraciones y de la insaciable necesidad de saber, queréis buscar al creador de tanto bien para reverenciarle en vuestro entendimiento y destinarle un sitio en la gloria de vuestro corazón, que gloria y felicidad inmensa es ser respetado y amado por las niñas y los niños, por las mujeres y los hombres que cual vosotros sienten, comprenden y practican la virtud de vivir respirando al

supremo bien de concordar la ciencia con la naturaleza, yo os lo manifestaré sin pretender por ello ser tenido como inventor y descubridor de nada nuevo.

El autor y creador de tanta grandeza, que como sabéis muy bien no se detiene en la transformación antes apuntada de la vida individual a la familiar sino que ha de extenderse por grados, revoluciones y evoluciones hasta la creación de maravillas industriales, artísticas y científicas infinitamente mayores que las que conocemos, y a la formación de grupos cada vez mayores unidos por la paz, el amor y la felicidad hasta reducirlos a uno solo que se llama la humanidad, no le busquéis en los libros místicos, acaso halléis entre muchas negaciones alguna indicación en los filosóficos, puede desprenderse de las especialidades de los científicos aunque yo sé de muchos doctores que la desconocen; se encuentra revelado únicamente por el sentido común, lo que quiere decir que su conocimiento está al alcance de todos y cada uno de los seres humanos regularmente equilibrados, aunque por desgracia tal es la balumba de nuestras preocupaciones, tan arraigados se hallan en nuestro entendimiento los errores y las supersticiones tradicionales, que ha podido decir no sé quién que “lo más común en este mundo es carecer de sentido común”.

Tan manifiesto, tan evidente es para mí el creador y el inventor a que me refiero, aunque haya tantos que lo nieguen y lo desconozcan, que tentado estoy de poner en las preguntas y

respuestas de la sección infantil del *Boletín de la Escuela Moderna* el siguiente acertijo: “¿Cómo se llama la parte más anterior del encéfalo humano, que es de figura ovoidea, más gruesa y voluminosa por el lado posterior que por el anterior, aplanada de una manera irregular inferiormente; que consta de dos materias diferentes a la simple vista, que se denominan, por su color, substancia blanca y substancia gris y ocupa las tres cuartas partes anteriores de la cavidad del cráneo, es decir, toda ella hasta las fosas occipitales inferiores?” Tan clara, tan manifiesta me parece la respuesta en vista de la manera de exponer la pregunta, que desisto de formularla de la indicada manera, viendo ya que me habéis comprendido y que ya sabéis que el autor y descubridor buscado le llevamos todos con nosotros mismos, que es el órgano resumen de todo nuestro organismo, el que aunque no ve, no oye, no huele, no gusta y no palpa está como un señor sentado en lo más alto de nuestra personalidad y allí recibe en forma de sensaciones las noticias que sus agentes los sentidos le llevan del exterior y los órganos internos del interior y en su vista resuelve, sentencia y ordena a la voluntad en su alta y poderosa sabiduría y soberanía: es el cerebro.

Y vuelvo ahora a mi autor alemán, quien a propósito de la tesis que llevo entre manos se expresa de la siguiente manera:

“Quien se dedica a la investigación de los estados primitivos del género humano, debe, ante todo, armarse formalmente contra el error que tanto tiempo ha privado de haber existido en los tiempos primitivos un pueblo primitivo también, perfecto, que brillaba en aquella época remotísima con envidiable resplandor, al paso que en los pueblos actuales sólo presentan los hombres el aspecto de una raza degenerada. Los poetas hablan de una edad de oro, mas la ciencia enseña lo contrario; esto es: ningún rayo dorado ilumina los estados primitivos de la humanidad; el presente no es una degeneración del pasado; en una palabra: la edad de oro o el paraíso terrenal, si esta última denominación es preferida, es una fábula amena, pero fábula y nada más. Por el hecho de no haber existido nunca un período histórico satisfecho de sí mismo, nos complacemos en soñar con una edad de oro; pero esa famosa edad, si no es hoy, no ha existido nunca. No hubo, no pudo haber tal edad feliz en el principio de las cosas. Ningún pecado pudo arrebatarse al hombre primitivo una felicidad que nunca poseyó; antes al contrario, con indecible lentitud, con inmenso trabajo, logró elevarse de principios meramente animales a lo que hoy ha llegado a ser. Por donde quiera que se tienda la vista no se ve indicio alguno de descenso de

primitiva altura; no se ve más que ascenso, constante progreso”.

La razón es sencillísima y de patente evidencia: todo en la historia humana va de lo menor a lo mayor, de lo simple a lo compuesto, del dolor a la curación, de la pena al consuelo, de lo malo a lo bueno, de lo feo a lo hermoso, a pesar de las aparentes contradicciones, las cuales en último término se resuelven siempre sin excepción posible en la afirmación progresiva de lo justo, de lo perfecto, de lo verdadero, y siendo esto así, esa edad de oro que unos infundadamente suponen pasada es racionalmente futura.

Y no queriendo dejar impresionado vuestro tierno corazón por ideas dolorosas, he de hablaros de la sociedad libre y feliz de lo porvenir, cuya práctica quisiera anticipar y de cuya certidumbre y positividad futura deseo daros firme y segura confianza, como término irremisible de esa marcha de perfecciones y adelantos sucesivos y constantes que bajo la denominación de progreso viene siguiendo la humanidad.

Es indudable que todos podríamos gozar durante la vida sin que nuestro goce causase el sufrimiento de nadie; todos podríamos escoger libremente nuestras profesiones, vivir donde nos agradara más, en el campo, en las ciudades o alternativamente cuando a variar nos impulsara nuestra libérrima voluntad.

Bastaría para obtener tan feliz resultado que nos entendiéramos y obráramos inspirados en el vehemente deseo de concertar nuestras aptitudes, nuestro carácter y nuestras aspiraciones particulares sobre la base racional de una ciencia nueva como método y denominación, aunque sin duda puede ser considerada como la más antigua y la más importante a que haya podido dedicarse la inteligencia humana, tal es la sociología o ciencia de las relaciones de los hombres constituidos en sociedad.

Ahora he de decir algo que no puede ser creído por mi humilde palabra. Necesito de amparo protector para exponer mis ideas contra cierta vulgaridad científica, o que de tal tiene el aspecto, generalmente admitida y corriente como una de tantas mentiras convencionales de nuestra civilización, producto del escepticismo dominante al final del recientemente finado siglo, que dieron lugar a la falaz doctrina denominada el “nuevo espíritu” y “la bancarrota de la ciencia”, y que se expresan en las tertulias burguesas, donde gozan de gran predicamento, por frases como estas: “Para que la justicia fuera práctica en la tierra los hombres deberían de ser de la naturaleza de los ángeles”; “la condición predominante de toda existencia es la guerra”; “todo cuanto existe lucha por vivir, y en esta lucha vencen los fuertes suprimiendo a los débiles”. Mentiras que pasan por verdades indiscutibles para los burgueses en general, exceptuando los que no acepten los errores de clase o colectivos, aquellos a quienes agrada, más que ser ángeles, pasar por diablos simpáticos a lo Mefistófeles, que calculan el mal como

el negocio e inscriben las infamias en su libro de caja, envaneciéndose además, puesto que triunfan, en ser considerados como pertenecientes a la taifa de los fuertes, aquellos a quienes un hombre funesto de la época calificó de *Beati posidentis*.

Y esa necesidad que siento de amparo y fortaleza la encuentro resguardándome tras afirmaciones de verdad indiscutible, sostenidas por grandes maestros, como los siguientes: Berthelot, brindando un día por el trabajo, por la justicia, por la dicha de la humanidad, lanzó estas proféticas y sublimes palabras:

“Para que la realidad se realice hay que trabajar, y por eso el hombre del año 2000 trabajará con celo, porque gozará del fruto de su trabajo, y en esta remuneración legítima e integral, todos los hombres encontrarán los medios para llevar al extremo su perfección intelectual, moral y estética”.

Salmerón, defendiendo La Internacional en las Cortes en Octubre de 1871, dijo:

“Las clases de la Sociedad son verdaderos pupilos; y si los que tienen el deber de ejercer la tutela, en vez de ejercerla justamente, la ejercen de una manera cruel y despiadada, expiarán su falta con una pena terrible: con la degradación y la anulación social y pública.

Hay para mí en todo el movimiento social contemporáneo, del cual no es más que una manifestación La Internacional de Trabajadores, la tendencia a consagrar un nuevo principio de vida, poniéndole por encima, no ya de las instituciones y de los poderes, sino de los mismos principios religiosos y morales impuestos por la fe dogmática. Este principio es el de la razón inmanente en la naturaleza humana.

El principio tradicional ha sucumbido: y si tenéis sentido y conciencia del progreso, debéis abrir paso a esta nueva dirección de la vida para que se realice plenamente.

Si aceptáis ese nuevo principio de la sociedad contemporánea, como elemento que viene a sustituir al principio tradicional antiguo, llegará la hora en que los individuos y los pueblos eleven de concierto un verdadero *sursum corda*, ¡elevad los corazones!, realizándose su misión en el mundo bajo el dictado de la razón y las prescripciones de la justicia”.

Eduardo Benot escriba recientemente en *El Liberal* de Barcelona (19 Agosto 1901):

“Las columnas de la antigua sociedad yacen por tierra. La monarquía cayó en Francia. El imperio en el Brasil. El Papa no es ya rey. El vasto imperio moscovita está

minado por corrientes subterráneas. Sólo hay una fuerza que aumenta y crece sin cesar: la potencia de las multitudes, hoy todas en comunicación por todos los países.

Ideas otro tiempo dominantes, han muerto o están quebrantadas por el pensamiento de los pueblos; y, así, lo que no desaparece, vacila. Solamente se arraiga y robustece la fuerza popular.

Y ¿qué hacen los gobiernos? Oponerse a su desarrollo con la organización militar. Y de ahí la nueva escuela que pretende la desaparición de toda clase de gobierno.

La clausura de las sociedades obreras, las persecuciones, las cargas de caballería y demás medidas violentas, no son medios a propósito para cegar los fosos existentes entre el capital y el trabajo; o más bien, entre lo moderno y lo antiguo.

Piensen en esto los gobiernos y no extremen las persecuciones, los ensañamientos, ni los alardes de fuerza; por que ellas son la propaganda más formidable que puede hacerse en favor del anarquismo. «¿Proceden del gobierno las persecuciones? —Pues fuera todo gobierno.»

Además, la sangre del pueblo vertida por la fuerza, tiene un poder de evangelización revolucionaria, no igualado siquiera por la imprenta.

¡De qué sirvió la sangre de los mártires, derramada a torrentes en los circos de Roma, más que para aumentar el número de los cristianos!

La humanidad no es una raza de cobardes”.

Elíseo Reclus escribe en *L'Humanité Nouvelle*, Febrero 1898:

“Cuando en la segunda mitad del siglo XIX Darwin, Wallace y sus émulos expusieron tan admirablemente el sistema de la evolución orgánica por la adaptación de los seres a su medio, una multitud de discípulos no vieron sino el lado de la cuestión desarrollado por Darwin más detalladamente y se dejaron seducir por una hipótesis simplista, no viendo en el drama infinito del mundo viviente más que «la lucha por la existencia». Sin embargo el ilustre autor del *Origen de las especies* y de la *Descendencia del hombre* había hablado también de «la reciprocidad para la existencia»; había celebrado «las comunidades que, gracias a la unión del mayor número de miembros estrechamente asociados, prosperan y llevan adelante la más rica progenitura».

Pero muchos pretendidos darvinistas quisieron ignorar completamente los hechos consignados de ayuda recíproca, y, como si la vista de la sangre les excitara al asesinato, se pusieron a gritar rabiosamente: «El mundo animal es un circo de gladiadores,... toda criatura nace adiestrada para el combate». Como consecuencia, creyéndose a cubierto bajo el manto de la ciencia, ¡cuántos ambiciosos, iracundos y crueles se encontraron de golpe justificados en sus artificios de apropiación egoísta y de conquista brutal!, gozosos de ser contados entre los fuertes, ¡cuántas veces han lanzado el grito de guerra contra los débiles: «Ay de los vencidos!»”

Con tan buena compañía se puede ir lejos, aunque sea desafiando el prestigio de sabios aduladores de la burguesía, de aquellos que en nombre de la ciencia absuelven al privilegio y justifican la iniquidad social.

Y tan lejos he de llegar, que pienso dar una previsión de la vida en pleno ideal, cuando la humanidad, por una serie de evoluciones y revoluciones, haya alcanzado su plena justificación por haber previamente adquirido absoluto dominio del conocimiento justo y científico de las relaciones humanas y haber refundido en una sola todas las jerarquías, clanes y distinciones que separan aún a los hombres

Me fundo además en el siguiente razonamiento: sea cual fuere el estado de nuestros conocimientos, la gravedad de nuestros errores o la falacia de nuestras ilusiones, flota sobre nuestras cabezas una justicia perfecta, a cuyo alcance va la humanidad de una manera lenta pero segura. Por esa marcha progresiva salió el hombre del estado salvaje y llegó a la civilización, y si la ignorancia entorpeció su camino con la desigualdad de las castas, con la soberbia de los tiranos, con la superstición de las religiones y con el monopolio de la riqueza, hoy hemos llegado a la igualdad civil, a la libertad del pensamiento, a la tolerancia de las opiniones y a la práctica más o menos sincera de la democracia, precursora de aquella suspirada igualdad social por cuya conquista se agitan de modo sorprendente todos los trabajadores del mundo. Hay, pues, una justicia absoluta presentida por cuantos se hallan en pleno equilibrio fisiológico, y que se ofrece a nuestras esperanzas como premio a la constancia con que la humanidad la busca.

Sobre tales fundamentos puede establecerse la patria del porvenir, la cual se halla lejos de la inspiración inglesa, que como canto de victoria quiere imponer al mundo el *Rule, Britania*: la nación que eso canta, aunque en su soberbia anuncie al mundo por boca de sus estadistas la muerte de otras naciones, está llamada a desaparecer si no se apresura a cambiar de ideal, porque el porvenir es de justicia, y por consecuencia de paz, contra el cual no hay escuadras invencibles.

La patria del porvenir hállase más bien, si no comprendida, presentida en el *jour de gloire* de la Marsellesa, que cantan hoy todos los pueblos del mundo en sus momentos de expansión revolucionaria, y que han oído los soberanos más poderosos de Europa en pie y con muestras de respeto en ocasiones solemnes ante los representantes de la burguesía francesa.

De aquella patria siguiente al *jour de gloire* quiero hablaros, aunque futura, como presente, porque así empieza ya a ser como promesa positiva del progreso.

Sobre la base de instituciones de previsión y de ayuda mutua, contando siempre con la solidaridad de todos, que no es otra cosa que la asistencia recíproca francamente exigida en cada caso individual, y colectiva y espontáneamente otorgada por todos, como corresponde entre individuos agrupados que tienen conocimiento íntimo de que los derechos que nos favorecen han de estar en justa equidad con los deberes que nos imponemos y que no vacilaremos nunca en cumplir, todos podríamos tener casas espaciosas, higiénicas, rodeadas de árboles y jardines; todos podríamos vivir ampliamente de conformidad con nuestras inclinaciones, con la familia, con nuestros amigos y aun en la soledad, si por genialidad o atavismo misántropo por ella tuviéramos predilección. Tendríamos ropa buena, comida sana y abundante, muebles para nuestra comodidad y recreo, bibliotecas y museos para nuestro estudio, talleres donde emplear nuestra actividad, campo libre

donde contribuir a la agricultura, sin que nadie procurara deslindar la parte que en aquel trabajo tuviera el cumplimiento de un deber o la placentera satisfacción de un deseo.

En aquella sociedad futura, libre de trabas, hoy consideradas como necesarias en virtud de preocupaciones dominantes y de errores que sirven como fundamento teórico de privilegios que sus poseedores califican de derechos adquiridos, no habrá amos ni criados, ricos ni pobres, ni ninguna de esas divisiones que a unos ensalzan y a otros deprimen con manifiesto escarnio de la justicia, y todos podremos satisfacer nuestras necesidades físicas y morales, porque trabajando todos para todos y no unos para otros, como hoy sucede, habrá abundancia de objetos de primera necesidad, como de recreo del cuerpo y del espíritu. Las ciencias y las artes, por el hecho de recibir el contingente de cuantos nacen con aptitud especial para su cultivo, sin aquellas dificultades con que el privilegio y la miseria atrofian e imposibilitan en la actualidad tantas y tan hermosas disposiciones, no quedarán reducidas a un corto número de eminencias que se harán pagar excesivamente sus servicios dejando a la gran mayoría de sus colegas vegetando en un deprimente medio vulgar, sino que habrá lógicamente tendencia a igualar las capacidades, y ni podrán ni querrán ejercer las nobles facultades de esa manera usuraria y repugnante con que un médico de nuestros días, por ejemplo, pide miles de pesetas por una operación quirúrgica, o como se hace pagar un artista de *primissimo cartello*.

Los oficios mecánicos existentes, modificados por la aplicación cada vez más activa y poderosa de la mecánica, habrán perdido todo lo que tienen de áspero y rudo para los obreros, y éstos, emancipados del salario, no formando ya la clase sucesora de los esclavos o de los siervos sino como hombres libres, participantes de los beneficios que hoy monopoliza el capitalista poseedor de la máquina, no verán en cada invento un peligro que les prive de jornal y por consiguiente de pan para sí y su familia, sino que, por el contrario, lo considerarán como un eslabón menos de la cadena con que lo material sujetaba a lo moral, y considerarán como un beneficio positivo esa mayor suma de libertad que afirma indestructiblemente su derecho a entrar en el templo de la Sabiduría donde se rinde culto a la Verdad, a la Justicia y a la Belleza.

La infancia. ¡Pobre infancia la de la sociedad actual!, reducida a vivir en pequeñas habitaciones, faltas de expansión, de aire y de luz, en convivencia constante con padres atosigados por las preocupaciones de la lucha por la vida, por cuyo motivo, a pesar del amor natural que mutuamente sienten, no se comprenden ni se conciertan bien, y en ocasiones hasta ni sufrirse pueden; entregada antes de tiempo a la preparación de las contingencias futuras, aprendiendo un oficio o estudiando una carrera sin otra mira que la de ganar y ponerse pronto en la condición de hombres, es decir, de enemigos de sus semejantes, pasa como breve capullo que florece prematuramente, destinada a dar frutos disgustados y raquíticos.

En la sociedad del porvenir, ¡cuán diferente destino tiene señalado! Agrupados los niños por secciones sabiamente combinadas, asistirán a las escuelas, a los talleres y a los campos a aprender directamente de las cosas y de las manipulaciones de la producción, la naturaleza, la ciencia, las artes, las industrias, a la vez que llenarán de saludable oxígeno su aparato respiratorio, darán solidez a sus huesos y elasticidad a sus miembros por la práctica de una gimnasia en que dominará la ciencia sobre el arte, es decir, que tendrá por objeto casi exclusivo la salud, no formar acróbatas ni menos *écuyères*.

Mientras las niñas y los niños se preparan —no a la lucha por la existencia para vivir encerrados en los castillos del egoísmo, desde los cuales se considera a los hermanos en la gran familia humana como enemigos de quienes hay por lo menos que desconfiar y a quienes se considera lícito explotar y seducir— sino a la ayuda mutua para la vida, a devolver a la sociedad los beneficios recibidos, a la vez que a pagar los que continuamente ha de seguir recibiendo, constituidos en entidad colectiva, como tal infancia puede desempeñar funciones sociales, que serán ciertas operaciones de higiene y limpieza a las cuales su agilidad y su alegre desaprensión les excita la naturaleza como si se tratara de un juego, o el arte previsor por medio de racionales estímulos, y de las cuales racionalmente deberán quedar exceptuadas las personas caracterizadas por la edad, por su estado físico y también por la respetabilidad inherente a su historia personal, a los méritos

propios, a la consideración que siempre ha de inspirar la virtud y el saber.

¡Qué hermosos cuadros, qué goces tan inmensos y profundamente sentidos inspirará aquella infancia, en la que no se verá jamás un abandonado callejero de aquellos que hoy tanto abundan, y que en el lenguaje vulgar y hasta en literatura se llaman *golfos* en castellano y que en catalán se designan con el nombre de *trinxeraires*, palabras abominables que acusan la comisión de un crimen social, porque tras el abandono en que la sociedad deja a esos pobrecitos niños, todo el mundo ve para ellos un porvenir de infamia! ¡Qué hermosos cuadros, repito, formará aquella infancia, en que cada individuo, como flor esmeradamente cultivada, tendrá toda la esbeltez de forma, belleza de colorido y totalidad y esencialidad de aroma que le corresponderá por naturaleza, toda la nobleza de sentimientos y elevación intelectual que le distingue y por el que tiene merecido, no el vano título de rey de la creación dado por los poetas, sino ser clasificado por los naturalistas en un orden único puesto en la cima de la escala zoológica denominado de los primates! Nada de travesuras inútiles, mucha actividad para sus obligaciones, intensa alegría para sus juegos, resplandores de hermosura y gracia incomparable en aquellos corros formados en jardines que han de superar, por la inteligente concepción de su plan, a los más famosos de Oriente, donde danzas y cánticos infantiles formarán grandiosos himnos de sublime poesía a la paz, a la justicia, a la fraternidad. Los hermanos mayores, las madres, los

padres, los abuelos (y lo serán todos los que por sexo y edad puedan serlo), que los contemplan con ojos arrasados en lágrimas que desbordará la alegría, con explosiones de entusiasmo nunca tan grande o a lo menos tan noblemente sentido, todos, sin excepción de un solo individuo, sentirán la alegría de vivir, y no habrá nadie, ni por excepción, que sienta la nostalgia de la muerte, aberración sólo concebible en sociedades injustas donde tantas veces encuentra justificación el suicidio.

La vejez, en lo antiguo y entre algunos pueblos sentencia de muerte, no ya natural, sino anticipada por los que velan en el anciano una boca inútil, y actualmente causa de abandono, de triste soledad y muchas veces recordatorio de las abominaciones que acaso guarde la conciencia, será en el porvenir término natural de una existencia empleada en el bien. Ni la soledad en la decadencia, ni el abandono de huérfanos faltos de sombra protectora amargarán el último término de la vida de los ancianos de la sociedad futura, porque nadie, ni por anciano, ni por enfermo quedará en soledad, donde por exceso de filantrópicos sentimientos, libres de todo egoísmo, tanto han de abundar la generosidad y la fraternidad; ni menos habrá huérfanos donde esa palabra y su derivado genérico *orfandad* habrán perdido su uso, y sólo quedarán como recuerdo histórico, para denotar épocas pasadas, entre ellas la presente, donde es posible que por la muerte de un padre queden los niños abandonados en las calles o en los campos, y, lo que acaso sea

tan malo o peor, sometidos a la caridad oficial, religiosa o burocrática.

Ni la viudez con su séquito de aflicciones y aislamiento tendrá significación en una sociedad que habrá legado los conceptos de *matrimonio* y *familia* al susodicho recuerdo histórico donde se guardan los de *horda* y de *tribu*.

Un anciano en la sociedad futura inspirará veneración y respeto, porque en él se verá como un resumen viviente de los derechos y los deberes, la benéfica resultante de la justicia social y los méritos personificados de uno de sus sostenedores; por alegrar sus obligados ocios y aprovechar las lecciones de su experiencia tendrá siempre quien le ame, quien le atienda y por último quien dulcifique los instantes de su agonía. La muerte tras una vida, más que honrada, honrosa y justa, ha de ser como el descanso apacible y tranquilo a que se entrega el trabajador que ha llenado su obligación diaria de modo laborioso y digno.

Antes de terminar este a modo de ligero esbozo de la sociedad futura, hecho sin pretensiones y únicamente con el propósito de presentar a vuestra razón como el punto remoto donde el progreso nos encamina, que podréis determinar y concretar mejor seguramente una vez terminados vuestros estudios, he de presentaros un problema que arranca de dos puntos principales: el hombre y la sociedad; en el primer concepto se halla comprendido en la antropología o tal vez mejor en la psicología, no lo

determinaré por hoy positivamente; en el segundo es social: me refiero a la guerra.

Acaso os asombrará que tras una descripción más o menos afortunada de una sociedad de paz os hable de la guerra, esa plaga maldita que ha sembrado el mundo de cadáveres y ruinas y que ha regado con sangre y lágrimas toda la superficie de la tierra repetidas veces en el curso de los tiempos, de la cual tendréis noticia y en ocasiones quizá os habrá causado horror si por acaso os habéis enterado de alguno de sus recientes estragos, ya que por desgracia no pasa día sin que el tremendo azote deje de hacer que pesen sus deplorables efectos sobre algún territorio de nuestro globo.

Tranquilizaos, queridas niñas y niños apreciabilísimos; no es de esa guerra de la que he de hablaros; esa, cuando en la sucesión histórica de los tiempos llegue la época que dejo bosquejada, habrá ya desaparecido: se habrán desorganizado y disuelto los ejércitos; se habrán derribado los cuarteles y sólo como recuerdo quedarán algunas armas en los museos.

Pero no habrá disminuido en el hombre el atractivo del peligro, el arranque irreflexivo que le impulsa a las acciones heroicas. Y como ya no habrá enemigos a quienes combatir, será necesario poner esos sentimientos y esas fuerzas al servicio de la ciencia, continuando con un poderoso refuerzo de valientes descubridores los trabajos ya efectuados por los geógrafos de nuestros días: ya

no habrá quien se contente con atravesar y cruzar el África en distintas direcciones, ni fundar factorías y fortificaciones en puntos estratégicos para dominar y explotar las razas semi-salvajes que la habitan, sino que será necesario llevar la civilización, la paz y la libertad a aquellas fracciones de la familia humana, y, si se considera bueno, convertir en frondoso y florido vergel el estéril desierto. Poner la planta humana sobre la tierra o el hielo en los puntos matemáticamente ciertos denominados polo ártico y polo antártico, será obra grandiosa y aun temeraria que costará sacrificios y no pocas vidas; pero eso no satisfará a nadie, será preciso hacer habitables aquellas regiones, y el día en que un sabio, inspirado como Colón, formule un plan, levante banderín de enganche y abra un registro para apuntar los aventureros que se presenten con objeto de que se dibujen con precisión los puntos que se presentan confusos más allá de los círculos polares de ambos hemisferios, ¿creéis que faltará gente? A miles vendrán; y se arbitrarán recursos inauditos para la organización, sustento, higiene y armamento científico de los ejércitos que irán a luchar contra la naturaleza, en esa especie de noble rebelión empeñada en desarrollar vida y lozanía en regiones que parecen condenadas al eterno silencio de la muerte.

Sí; no lo dudéis; los hombres y las mujeres del porvenir, pletóricas de vida, rebosantes de felicidad, después de haber arrollado todas las fronteras de la tiranía y de la arbitrariedad, no sufrirán ni las mismas de la naturaleza, y serán capaces de intentar

el dominio de los polos, de los desiertos, del fondo de los mares, de los abismos de extinguidos volcanes y quien sabe si un día no se les subirán los humos a la cabeza con alguna intentona a través de los espacios ideales, y no queremos apoyar estas suposiciones en la literatura romántico científica de Julio Verne, sino más bien en los cálculos y teorías de Tesla, quien supone que hace tiempo los habitantes de Marte nos dirigen fraternales saludos y amistosas invitaciones a las que urge dar contestación científico cortés, tal vez mientras se hallan los medios de visitarnos recíprocamente, como buenos vecinos en el sistema planetario.

Sea de esto lo que quiera, que a pesar del tono humorístico con que parece tratado este último asunto no rectificaré, siquiera en gracia de que sirva como de compensación a las notas negras que hayan podido quedar consignadas como recuerdo de lo presente, no cabe duda que dueña la humanidad de la justicia social, después de haber realizado tras larga serie de siglos una obra tan grandiosa y sublime como dar término racional al progreso, no vendríamos a dar la razón a ciertos pesimistas de nuestros días, según los cuales, si el progreso tuviese objeto positivo y un día se alcanzase la paz y la justicia humana vendría como consecuencia un rápido descenso, imaginando que el progreso es como la difícil y tardía ascensión a elevada montaña, donde tras haber alcanzado la cima se iniciase rápido despeño por la parte opuesta a la primitiva llanura punto de partida.

No, con mejor derecho que el que tienen los pesimistas para imaginar una teoría tan desconsoladora como falsa, está la razón para afirmar que esa entidad inteligente que hizo lo más, como es organizarse para practicar el bien, una vez en posesión del saber, hará lo menos, que es conservar indefinidamente ese mismo bien, y si la actividad acostumbrada a la lucha necesita aplicación, no ha de faltarle ocasión teniendo adelante ese infinito universal que le pide admiración y conocimiento y a quien nadie negará el concurso de su inteligencia, el fuego de su pasión y aun su propia fuerza orgánica, como hemos indicado al hablar de la guerra científica contra la naturaleza insumisa.

Tal es el ideal, aunque trazado con rasgos imperfectos, como es de rigor dada su grandiosa magnitud.

A lo menos su exposición sirva de demostración de nuestro deseo de paz y felicidad para la humanidad.

Este folleto, núm. 2 de la *Biblioteca de La Huelga General*, se vende a 25 céntimos.

Para corresponsales y paqueteros, a las condiciones de costumbre.

Los beneficios se destinan exclusivamente a la difusión del ideal.